

CONFESSIONES

DE SAN AGUSTIN

BRCS

6A6

S 8

V. 2

TOMO II

En el Instituto de Estudios

BARCELONA - 1890

BIBLIOTECA RELIGIOSA

INSTITUTO DE ESTUDIOS

CONFESSIONES

DE NUESTRO GRAN PADRE

SAN AGUSTIN.

LIBRO VI.

Explica las ansias de su alma que se fatigaba en la imaginacion del mal: como llegó tambien á conocer que ninguna sustancia era mala: y que en los libros de los Platónicos halló el conocimiento de la verdad incorpórea y del Verbo divino; pero no halló su humildad y anonadamiento.

CAPÍTULO I.

Como Agustin todavía imaginaba á Dios al modo de un ente corpóreo, que estaba difundido por todas partes y llenando unos espacios infinitos.

1. Ya todo el tiempo de mi adolescencia mala y perversa se habia pasado, y comen-

zaba el de la juventud, siendo yo cuanto mayor en la edad *, tanto mas torpe en la vanidad. Aunque yo no acertaba á imaginar sustancia alguna, que no fuese corpórea y semejante á lo que suele percibir la vista; no imaginaba, Dios mio, que tuviéseis figura de cuerpo humano: porque desde que comencé á oír y saber algo de filosofia, siempre habia huido de semejante pensamiento: y me alegraba de haber hallado esta misma verdad en la doctrina y creencia de nuestra madre espiritual vuestra Iglesia católica. Pero no se me ocurría alguna otra idea que poder formar de Vos; al paso que no obstante ser yo hombre, y tan mal hombre, intentaba llegar á conoceros, siendo Vos el altísimo, único y verdadero Dios. Bien creia yo firmemente y con lo mas íntimo de mi corazon, que Vos érais incorruptible, inviolable, incapaz de alteracion y mudanza: pues sin saber yo de dónde ó cómo tenia esta noticia, veia claramente y tenia por muy cierto que todo aquello que puede admitir corrupcion no es tan bueno como lo que no puede

* Comenzaba entónces el año 31 de su edad.

corromperse: y lo inviolable ó incapaz de padecer algun daño, lo anteponia sin duda alguna á lo que es violable ó capaz de alteracion: y lo que no padece mutacion alguna, lo tenia por mejor que todo lo que puede padecerla.

Esta creencia hacia que mi corazon clamase con vehemencia contra todos los fantasmas ó ideas materiales que yo formaba imaginando vuestro ser: con solo ese golpe procuraba espantar la multitud de especies inmundas y corpóreas, que, revoloteando al rededor de mi entendimiento le confundian y ofuscaban. Apenas ellas se habian apartado de mí por un instante, cuando mas amontonadas que antes volvian á presentarse, y arrojándose de tropel sobre la vista de mi alma, me la oscurecian y anublaban de tal modo, que aunque yo no pensase que aquel mismo Ser incorruptible, inviolable, inmutable, que yo preferia á todo lo corruptible, violable y mudable, tenia forma exterior de cuerpo humano; me veia precisado á pensar que era alguna cosa corpórea, que se extendia por todos los espacios y lugares, ya fuese infundida solamente en todas las co-

sas que hay dentro del mundo, ya tambien estuviese difundida por los espacios infinitos que se imaginan fuera del universo; porque todo lo que concebía sin orden y respecto á algun espacio, me parecia la nada sin *ser* alguno. Pero tan enteramente nada, que aunque no fuese como se imagina el *vácuo*, que es como si un cuerpo se quitara del lugar que ocupa, y quedase el lugar vacío de todo cuerpo, ya terreno, ya acuoso, ya aéreo, ya celestial; sino que quedase el lugar vacío enteramente y desocupado, como un *nada* con extension, ancho y espacioso.

2. Yo, pues, como tan material y espeso en mis pensamientos, que aun para conocerme á mí mismo no estaba trasparente y claro, pensaba que todo lo que no se extendiese por algunos espacios de lugar, ó no se ensanchase, ó no se juntase, ó no se entumeciese, ó no recibiese dentro de sí alguna cosa de esta calidad, ó no fuese capaz de recibirla, no tenía ser alguno, y absolutamente era nada. Porque mi entendimiento no formaba otras ideas ó imágenes interiores, sino semejantes á las formas ó especies que recibían mis ojos y demás sentidos corporales; y no

advertía ni reflexionaba que la interior potencia y facultad con que yo formaba aquellas mismas imágenes ó ideas, no era corpórea ni abultada; siendo no obstante alguna cosa grande, pues á no serlo, no podría formarlas.

Así, Dios mio, vida de mi vida, tambien imaginaba, que siendo Vos grande por infinitos espacios y lugares, llenábais y penetrábais por todas partes la gran máquina del universo. Que tambien fuera de ella, hácia cualquier parte que se considere, os extendíais por inmensos espacios, que no tenían fin ni término alguno: de suerte, que la tierra, el cielo, y todas las cosas os poseyesen, y por dentro y fuera estuviesen llenas y rodeadas de Vos, y dentro de Vos mismo tuviesen su fin y término, pero Vos no le tuviéseis por ninguna parte. Pues así como el cuerpo de este aire que está sobre la tierra no impide que la luz del sol le traspase y le penetre, no rompiéndole ó dividiéndole, sino llenándole todo de su claridad: así juzgaba yo que penetrábais todos los cuerpos, no solamente del cielo, del aire, del mar, sino tambien de la tierra: y que todos ellos, en

todas sus partes, grandes y pequeñas, eran respecto de Vos penetrables y como transparentes, para llenarse de vuestra presencia, que con oculta inspiracion é influencia secretísima gobernais todas vuestras criaturas por lo interior y exterior de todas ellas.

De este modo discurría entonces, porque no estaba en estado de pensar otra cosa; pero era falso lo que pensaba; porque si aquello fuera cierto, la parte mayor de tierra tendría en sí mayor parte de vuestra sustancia; y la que fuese menor, tendría menor parte de Vos; y de tal suerte llenaríais todas las cosas, que tanto más tuviese de Vos el cuerpo de un elefante que el de un pajarillo, cuanto el cuerpo de aquel es mayor, y ocupa más lugar que el cuerpo de este: así estaríais dividido en tantas partes grandes y pequeñas, cuantas hay en todo el universo, para comunicar y hacer presente á las grandes otra igual y tan gran parte de Vos, y á las pequeñas otra igual y tan pequeña parte vuestra. Pero no sois Vos así, aunque yo entonces no lo conocía, porque aun no habíais alumbrado las tinieblas de mi ignorancia.

CAPÍTULO II.

Argumento con que Nebridio impugnó á los Maniqueos.

3. Bástame, Señor, contra aquellos hombres engañosos, y engañadores de otros, habladores mudos, porque no se oía de su boca vuestra divina palabra: bástame, digo, para confundir á los Maniqueos, el argumento que mucho tiempo antes, estando nosotros en Cartago, habia propuesto Nebridio, que nos hizo mucha fuerza á todos los que le oimos. Porque preguntaba él ¿qué haría contra Vos aquella no sé qué raza de tinieblas (que los Maniqueos dicen ser una gran masa opuesta á Vos), dado caso que Vos no quisiéseite pelear contra ella? Pues si responden que todavía podía haceros algun daño, sería decir, que Vos no sois inviolable é incorruptible; si por el contrario respondieran que de ningún modo os podría dañar ó hacer algun perjuicio; en tal caso no pueden señalar causa ó motivo de reñir y pelear; y menos para pelear y reñir como ellos dicen, esto es, de

tal modo, que una porcion ó miembro de vuestra sustancia, una produccion de vuestra sustancia misma se mezclaria con las potestades contrarias á Vos, que eran naturalezas que Vos no habíais criado, y de tal suerte la corrompian y trocaban de buena en mala, que su felicidad y bienaventuranza se convertia en infelicidad y miseria, y venia á tener necesidad de auxilios que la librasen de aquel estado, y la purificasen de las manchas que habia contraido. Esta porcion de vuestra sustancia decian que era nuestra alma, á la cual viéndola así esclavizada, manchada y corrupta, la venia á socorrer vuestro divino Verbo, que habia quedado libre, puro y entero; pero que tambien él mismo era corruptible, como de la misma naturaleza y sustancia que habia sido corrompida.

Por lo cual si los Maniqueos decian ó confesaban, que Vos ó vuestra sustancia, sea ella la que fuese en sí misma, era incorruptible; se seguia claramente, que todo aquello que decian era falso y detestable; y si decian que era corruptible vuestra sustancia propia, ello mismo se daba á conocer por falso y abominable desde luego. Bastábame,

pues, este argumento solo contra los Maniqueos, para desechar y arrojar fuera de mí toda la doctrina de que me tenian imbuido, y con que mi corazon estaba oprimido y angustiado: porque no tenian salida alguna que dar al argumento, sin que cayese su corazon y su lengua en el horrible sacrilegio de creer y proferir estas blasfemias.

CAPÍTULO III.

Que el libre albedrio es la causa del pecado.

4. Pero aunque yo confesaba y creia firmemente que Vos, mi Señor y verdadero Dios, sois incorruptible, invariable, y por todas partes ajeno de mutabilidad y alteracion, y que criásteis no solamente nuestras almas, sino tambien los cuerpos, y generalmente todas las criaturas; todavia no entendia yo bien claramente cuál es la causa del mal ó de lo malo: eso sí, conocia que cualquiera que ella fuese, debia buscarla de tal modo, que no me viese precisado por ella á creer que Vos, Dios y Señor inmutable, érais capaz de alguna mudanza ó variedad,

para no hacerme yo malo á mí mismo, al indagar la causa de lo malo. Así la buscaba tan seguro de no dar en aquel desvarío, como estaba convencido y certificado de que no era verdad la doctrina de los Maniqueos, que huía y detestaba con todo mi corazón: porque veía claramente, que buscando ellos la causa y origen del mal, estaban llenos de maldad tan excesiva, que antes creían que vuestra naturaleza y sustancia malamente padecía, que el que la suya obraba malamente.

5. Yo me esforzaba cuanto podía para entender lo que había oído decir, esto es, que el libre albedrío de nuestra voluntad era la causa del mal que obrábamos, y la rectitud de vuestro juicio la causa del mal que padecíamos, pero yo no podía entender esto clara y distintamente. Y así procurando sacar la atención de mi entendimiento de estas profundas tinieblas, volvía á sumergirme en ellas otra vez: y esforzándome repetidas veces á lo mismo, me hundía del mismo modo otras tantas veces.

Me levantaba algun poco hácia vuestra luz el saber yo con tanta certeza que tenía mi

voluntad propia, como estaba cierto de que tenía vida. Así cuando quería ó no quería algo, estaba ciertísimo de que yo mismo; y no otro, era el que quería ó no quería aquello: y ya casi conocía que allí estaba la causa y principio de mi pecado.

También veía que hacer yo alguna cosa forzado y contra mi voluntad, mas era padecer que hacer: y esto juzgaba que no era culpa, sino pena, con la cual confesaba ser justamente castigado de Vos, á quien reconocía siempre como justo.

Mas otras veces decia: «¿Quién es el que me ha hecho? ¿Por ventura no es mi Dios, que no solamente es bueno, sino la misma bondad? Pues ¿de dónde me ha venido á mí el querer desordenadamente unas cosas¹, y ordenadamente no querer otras, por manera que esta repugnancia fuese justa pena de aquella voluntad injusta? ¿Quién puso en mí este veneno? ¿Quién ingirió en mi alma esta raíz de amargura, habiendo sido yo todo y totalmente hecho por mi dulcísimo Dios? Si el diablo es el autor de este mal; ¿quién fue el que le hizo á él? Porque si él mismo por su mala y perversa vo-

«luntad, de buen ángel que era, se hizo y
«se mudó en demonio; ¿de dónde le vino á
«él esa mala voluntad con la cual se hizo de-
«monio, supuesto que todo él fue criado bue-
«no por el Hacedor de todas las cosas, que
«es infinitamente bueno?»

Con estos pensamientos volvía otra vez á sumergirme en mis tinieblas, y ahogarme entre mis dudas; pero no me llevaban tan á lo hondo, que llegase á lo profundo del error de los Maniqueos, donde ninguno confiesa vuestra bondad infinita, cuando antes juzgan que Vos estais sujeto á padecer males, que el que los hagan los hombres.

NOTA.

¹ *Unde igitur mihi malè velle, et benè nolle, dice el Santo. Como antes deja dicho que el hacer una cosa contra su voluntad y con repugnancia suya, mas propriamente era padecer que hacer: en el malè velle explica el mal de la culpa, y en el benè nolle el mal de la pena, que justamente se padece contra la voluntad propia, en castigo del otro mal de la culpa, que se hizo por su propia voluntad. Así el malè velle quiere decir querer malamente y pecando, ó injustamente querer alguna cosa; y el benè nolle, quiere decir, que justamente, bien y ordenadamente pa-*

dece y sufre aquella repugnancia de no querer alguna cosa, y hacerla como por fuerza (que mas es padecer que hacer), y esto es justa pena de su voluntad injusta.

CAPÍTULO IV.

Como necesariamente Dios es inviolable é incorruptible.

6. Del mismo modo procuraba entender claramente todo lo demás, así como habia averiguado que lo incorruptible es mejor que lo corruptible: y por tanto confesaba que cualquiera que fuese vuestro ser y naturaleza, precisamente habia de ser incorruptible. Porque nadie pudo ni podrá jamás pensar alguna cosa que sea mejor que Vos, que sois el sumo y perfectísimo bien. Y como es verdad ciertísima que lo incorruptible se debe anteponer á lo que es corruptible, como yo lo conocia y ejecutaba; si Vos no fuérais incorruptible, pudiera mi entendimiento hallar alguna cosa mejor que Vos.

Con qué allí mismo donde yo advertia que lo incorruptible es mejor que lo que puede corromperse, era donde debia buscaros, y desde allí descubrir el origen del mal, esto

es, el principio de la corrupcion, de la cual no es capaz vuestra divina sustancia. Porque de ningun modo, por ninguna voluntad, por ninguna violencia, por ninguna casualidad, puede la corrupcion manchar ó inficionar la naturaleza de nuestro Dios: pues él es Dios, y todo lo que quiere para sí, es de la línea del bien, y aun él mismo es el mismo bien que quiere; pero el poder corromperse no se ha juzgado jamás por bien alguno.

Ni tampoco cabe en Vos, Señor, el ser forzado á cosa alguna contra vuestra voluntad, ya que vuestra voluntad no es mayor que vuestro poder, á no ser que se diga que Vos sois mayor que Vos mismo: porque la voluntad y la potencia de Dios son el mismo Dios. Finalmente, ¿qué casualidad puede haber impensada para Vos, que sabeis y conocéis todas las cosas perfectísimamente? Además de que ninguna naturaleza ni criatura alguna existe, sino porque Vos la conocéis.

Pero ¿para qué gasto tantas palabras en probar que la naturaleza de Dios no puede ser corruptible, cuando es evidente que si lo fuera no sería Dios?

CAPÍTULO V.

Vuelve otra vez á inquirir de dónde provenga el mal, y cuál sea su origen y raíz.

7. Yo buscaba el origen del mal; y siendo así que le buscaba malamente, no echaba de ver el mal que habia en el mismo modo con que le buscaba. Ponia yo delante de los ojos de mi alma todo lo que habeis criado, ya sean las cosas que podemos ver, como la tierra, el mar, el aire, los astros, los árboles y los animales: ya tambien todas las cosas que no vemos, como son el firmamento con todos los Ángeles, y todos los entes espirituales del universo; pero tambien estas cosas las fué colocando mi fantasía en diversos y respectivos lugares, como si verdaderamente fueran cuerpos: de todo ello formé en la imaginacion como una gran masa compuesta de los distintos géneros de cuerpos de vuestras criaturas; tanto de aquellos que eran verdaderos cuerpos, como de los otros que yo habia fingido y apropiado á los espíritus. Yo imaginaba esta masa muy grande y extensa,

no tanto como ella lo fuera en sí misma, que esto no podía saberlo á punto fijo, sino cuanto le pareció á mi fantasía; pero siempre me la representaba finita y limitada por todas partes.

Despues os concebía á Vos, Señor, como una sustancia infinita sin término ni límite alguno, que rodeaba y penetraba por todas partes aquella gran masa: así como si el mar lo llenase todo, y hácia todas partes por espacios inmensos solo hubiese un infinito mar, y dentro de sí tuviese una esponja que aunque fuese muy grande, fuera limitada y finita; esta esponja verdaderamente estaria por todas partes rodeada y llena de aquel inmenso mar.

Así juzgaba yo que todas vuestras criaturas, que son finitas y limitadas, estaban por todas partes circunvaladas y llenas de Vos, que sois infinito, y decia: veis aquí á Dios, y veis aquí todo lo que Dios ha criado: Dios es bueno, y su bondad excede infinitamente á todo el conjunto de sus criaturas; mas como él es sumamente bueno, todas las cosas las cria buenas, y ved ahí como todas las abraza y llena de su bondad. Pues ¿en

dónde está el mal? ¿de dónde ha dimanado? ¿por dónde se ha introducido en el universo? ¿cuál es la raíz que le produce? ¿de qué semilla nace?

¿Acaso dirémos que el mal no tiene ser alguno? pues ¿por qué tememos y evitamos lo que no hay ni tiene ser? Y si es que tememos vanamente y sin fundamento, sin duda que este temor ya es algun mal que inútilmente atormenta y despedaza nuestro corazón: y este mal será tanto mas grave, cuanto mas tememos no habiendo que temer. Por lo cual, ó hay algun mal que temamos, ó el mal que hay es que tememos. Pues ¿de dónde vino este mal? Porque Dios, siendo todo bondad, hizo buenas todas estas cosas. El mayor y sume bien hizo las criaturas que son bienes menores; pero así el Criador como las cosas criadas, todo es bueno. Pues ¿de dónde nace el mal?

¿Será acaso que la materia de que hizo Dios todas las criaturas era en sí misma alguna cosa mala, y Dios la formó y ordenó, pero dejó algo en ella que no lo ordenase y convirtiese de mal en bien? Y si fue así, ¿qué

causa hubo para esto? ¿Acaso no podia convertirla toda y mudarla en bien de modo que no quedase en ella nada de malo, siendo él todopoderoso? Finalmente, ¿por qué quiso servirse de ella para formar de allí sus criaturas, y no usar de su misma omnipotencia para destruirla enteramente y aniquilarla? ó ¿podrá decirse que ella podia existir contra la voluntad de Dios? Aun suponiendo que fuese eterna, ¿por qué la dejó durar antecedentemente por infinitos espacios de duraciones ¹; y tanto despues tuvo por bien servirse de aquella materia, y hacer de ella alguna cosa? Y ya que repentinamente determinó y quiso hacer alguna obra, como omnipotente que es, comenzara antes aniquilando y deshaciendo enteramente aquella materia; y así hubiera quedado él siendo el todo, el verdadero, sumo é infinito bien. Y si no era conveniente á su bondad el que solo destruyese, y no fabricase al mismo tiempo y produjese algun bien, siendo él tan bueno; destruida aquella mala materia y reducida á la nada, podia haber criado otra buena, de la cual produjese todas las cosas. Porque no seria todopoderoso si no pudiera

hacer algo bueno sin ayuda de aquella materia que él no habia criado.

Vé aquí las cosas que yo andaba revolviendo en mi infeliz espíritu lleno de cuidados que le consumian, causados del temor de la muerte y de no hallar la verdad; pero estaba firmemente arraigada en mi corazon la fe que en la católica Iglesia se tiene de vuestro Hijo Jesucristo, Señor y Salvador nuestro; y aunque á la verdad era mi fe todavía imperfecta en muchas cosas, y se salia fuera de las reglas de la sana doctrina, con todo no la dejaba mi alma; antes bien cada dia se iba instruyendo é imbuyéndose mas y mas en ella.

NOTA.

¹ Aunque en la hipótesi que hace san Agustin diga: *Per infinita retrò spatia temporum*, por infinitos espacios de tiempos anteriores; no se ha de imaginar que antes de la creacion hubiese tiempo alguno; que esto no puede establecerse en doctrina del Santo, ni tampoco puede imaginarse, porque el tiempo es una de las cosas que pertenecen á la creacion y efecto de ella. Así diciendo el Santo: por *infinitos* espacios de tiempos, bien da á entender que habla de la eternidad, que precedió á la creacion; y

que como infinita duracion abraza todos los tiempos, y virtualmente es todos ellos. Así en el cap. xv dice que Dios no comenzó á producir las criaturas *post innumerabilia spatia temporum*.

CAPÍTULO VI.

Desecha Agustín por vanas y engañosas las adivinaciones de los astrólogos.

8. Ya tambien habia yo desechado enteramente las engañosas predicciones y sacrílegas locuras de los astrólogos : y este es, Dios mio, uno de los efectos de vuestras misericordias, por el cual os debo confesar y bendecir con todas las fuerzas de mi alma. Pues Vos, Señor, Vos y no otro fuísteis quien me hizo este beneficio. Porque ¿quién puede librnos ó apartarnos de la muerte que nos acarrea todo error, sino Vos, que sois la vida que no puede morir, y la sabiduría que sin necesitar de luz alguna ilumina los entendimientos que la necesitan, la misma con que es regido y gobernado todo el universo, hasta las hojas de los árboles que se lleva el viento?

Vos procurásteis el remedio de aquella mi terquedad con que resistí y me opuse á Vindiciano *, que era anciano agudo y docto, y á Nebridio, que era jóven de un talento admirable : cuando el primero afirmaba resueltamente, y el segundo, aunque con alguna duda, repetia muchas veces, que no hay arte alguno para conocer las cosas venideras ; pero que las conjeturas de los hombres tienen muchas veces fuerza de suerte : que diciendo los hombres multitud de cosas, acertaban por casualidad á decir, entre tantas, algunas de las que han de suceder, sin saberlo los mismos que lo decian, sino tropezando á ciegas con la verdad de algunos sucesos, en fuerza de lo mucho que hablan.

Vos, pues, Señor, hicísteis que yo tomase amistad con un hombre que acostumbraba consultar á los astrólogos sobre varios asuntos, aunque él no sabia mucho de la astrología, pero los consultaba, digo, por curiosidad : el cual sabia cierta especie, que decia habérsela oido á su padre, pero no advertia él mismo cuán poderosa era aquella

* Véase el cap. III del lib. IV.

especie para echar á rodar la opinion y crédito de tal arte. Este, pues, que se llamaba Fermin, sujeto instruido en las artes liberales y en la elocuencia, hablándome como á su mayor amigo sobre ciertas cosas suyas, á las cuales aspiraba, por la esperanza grande que tenia de adelantar su fortuna, me instaba á que le dijese el juicio que yo formara de aquellas pretensiones, segun su horóscopo y constelaciones que le correspondian; y yo, que por entonces ya habia comenzado á inclinarme á la sentencia de Nebridio, no me excusé de hacer mis conjeturas, y decirle lo que me ocurría como dudosamente; pero le añadí, que estaba casi persuadido y convenido de que todas aquellas cosas y observaciones eran vanas y ridículas.

Entonces él me contó, que su padre habia sido curiosísimo en la referida facultad, habiendo juntado y manejado muchos libros de esta materia, y que habia tenido un amigo igualmente dedicado á la misma facultad, que habian estudiado juntos: que con igual deseo de adelantar en ella, conferenciaban los dos, y se comunicaban mutuamente sus reflexiones, como soplando y avivando el

fuego que ardia en su corazon de adelantar en un estudio tan vano: de modo, que aun en los brutos que nacian en casa de ellos, observaban los instantes de su nacimiento, y la posicion de los astros respecto de aquellos mismos instantes, para sacar de allí algunas experiencias con que apoyar aquella especie de arte.

Así referia él, que habia oido decir á su padre, que al tiempo que su mujer y madre del mismo Fermin, estaba embarazada de él, estaba tambien en cinta una criada de aquel amigo de su padre: lo cual no se le pudo encubrir al amo, que con las mas exquisitas diligencias procuraba examinar y saber aun los partos de las perritas de su casa. Y que habia sucedido, que teniendo cuenta el padre de Fermin con el parto de su mujer, y el otro amigo suyo con el de su criada, y contando uno y otro con la mayor exactitud los dias, las horas, minutos y segundos de la preñez de entrambas, vinieron á parir las dos al mismísimo tiempo; de modo que se vieron forzados á aplicar á los recién nacidos las mismas constelaciones, sin distincion alguna, que el uno habia observado para su

hijo, y el otro para su siervo. Porque luego que á las dos mujeres les comenzaron los dolores de parto, se avisaron los dos amigos mútuamente lo que pasaba en la casa de uno y otro, y prévinieron mensajeros de ambas partes, que al punto que supiesen lo que habia nacido en cada una de las casas, lo avisasen á la otra sin dilacion alguna: y como dueños que eran respectivamente de sus casas, con mucha facilidad habian dispuesto, que al instante que se verificase el parto, se le hiciese saber al mensajero que estaba prevenido. Y así decia, que los dos que habian sido enviados se vinieron á encontrar uno á otro tan puntualmente en el medio del camino, y en tan igual distancia de las dos casas, que ni el padre de Fermin, ni su amigo pudiesen notar diversa posicion de astros, ni la mas mínima diferencia de tiempo con que distinguir el horóscopo de los dos recién nacidos; y no obstante Fermin, como nacido de familia distinguida en su país, seguia las carreras mas lustrosas del siglo, se iba aumentando en riquezas, y sublimando en honras; y el otro sin poder sacudir el yugo de su servidumbre, servia como esclavo á sus señores,

segun contaba el mismo Fermin que le habia conocido.

9. Oidas por mí estas cosas, y creidas tambien por habérmelas contado tal sujeto, toda aquella oposicion y resistencia que yo habia hecho á las persuasiones de Vindiciano y Nebridio se desarmó enteramente y se deshizo. Y lo primero que intenté fue apartar al mismo Fermin de aquella vana curiosidad, diciéndole: que para responderle con verdad á lo que me habia preguntado, despues de contempladas bien sus propias constelaciones, habia de haber visto en ellas, que sus padres eran de lo mas principal que habia en su tierra: que su linaje y familia eran de la mayor nobleza de su propia ciudad: que habian concurrido en su nacimiento las circunstancias mas honrosas: que habia tenido buena crianza, y los progresos que habia hecho en el estudio de las artes liberales. Pero si aquel otro siervo me hubiera consultado sobre las mismas constelaciones (que correspondian á su nacimiento del mismo modo que al de Fermin), para que yo pudiese responderle la verdad, seria tambien necesario haber visto en ellas la bajeza de su

linaje, su condicion servil, y todas las demás circunstancias suyas que eran tan distintas y contrarias á las otras que allí mismo habia yo antes visto y descubierto. Con qué si viendo unas mismas constelaciones é influencias, tenia que pronosticar y decir cosas distintas y contrarias, si habia de acertar; y si pronosticaba los mismos acaecimientos y las mismas cosas al uno y al otro, erraba precisamente mi pronóstico; es argumento ciertísimo que prueba evidentemente, que aquellas cosas que se aciertan despues de vistas y observadas las constelaciones, se aciertan por casualidad y no por arte ni reglas; y al contrario, que si las predicciones de esta clase salen falsas, no es por ignorancia de aquel arte, sino por falibilidad y yerro de la suerte.

10. Tomando de aquí principio, y meditando todo esto dentro de mí mismo, para que ninguno de aquellos delirantes que vivian de hacer estas predicciones (con los cuales deseaba yo verme para argüirlos y ridiculizarlos), burlase la fuerza del argumento, con decir que Fermin me habria engañado á mí en aquella relacion, ó que su padre le

habria engañado á él; para evitar, digo, que tuviesen este efugio, puse la consideracion en el nacimiento de los que nacen juntos, y se llaman mellizos: muchos de los cuales nacen tan inmediatamente uno tras de otro, que aquel brevísimo espacio que media entre los dos, por mas fuerza que tenga en la naturaleza para diferenciarlos, segun pretenden los astrólogos, no hay diligencia ni observacion humana que baste á conocerle ó advertirle; ni puede señalarse en aquellos caractéres y figuras que tiene que mirar el astrólogo, para hacer verdaderos sus pronósticos. Pero es imposible que en este caso salgan verdaderos; porque mirando unos mismos caractéres y figuras, que correspondian al nacimiento de Jacob y Esaú, deberia un astrólogo pronosticar las mismas cosas respecto de entrambos; siendo así que en uno y otro fueron muy diferentes los sucesos. Con qué si para entrambos anunciaba las mismas cosas, salian falsos sus pronósticos; y si salian verdaderos, seria no anunciando ni diciendo las mismas cosas para entrambos, no obstante que eran unas mismas las figuras y caractéres que veia convenir al

uno y al otro : de donde se sigue, que si hubiera acertado en sus pronósticos, acertaria por casualidad, y no por reglas de alguna ciencia ó arte.

Vos, Señor, que perfectísimamente gobernais todo el universo, haceis por medio de un influjo y direccion imperceptible, que cuando alguno consulta á los astrólogos, sobre algun suceso, sin saberlo ni advertirlo los consultados, ni los que los consultan, cada uno reciba aquella respuesta que le corresponde, atendidos los méritos de su alma : nace aquella respuestá del abismo impenetrable de vuestro juicio siempre justo y recto, que ningun hombre debe extrañar diciendo : ¿Qué viene á ser esto? ¿para qué es esto? No diga tal cosa, no la diga, porque él no puede salirse de los límites de hombre.

CAPÍTULO VII.

De las graves penas que le causaba á Agustín el averiguar la causa y principio del mal.

11. Ya Vos, Señor, me habíais librado de aquellas cadenas, cuando me ocupaba en buscar el origen del mal, y no hallaba salida á mis dificultades. Pero no permitíais Vos, que por mas olas de varios pensamientos que me combatiesen, fuesen poderosas para apartarme de aquella fe con que creia vuestra existencia, y que sois una sustancia inmutable ; creia la providencia con que teneis cuidado de los hombres y los juzgais, y que en Jesucristo vuestro Hijo y Señor nuestro, y en las santas Escrituras, que aprueba y recomienda la autoridad de vuestra Iglesia católica, habíais dispuesto á los hombres el camino de la salud por donde han de llegar á conseguir aquella vida dichosa, que ha de haber despues de nuestra muerte.

Salvas estas verdades, y fijadas en mi alma inalterablemente, buscaba con ansia cuál sea el principio y origen que tiene el mal.

¡Y qué tormentos y dolores como de parto sufrió mi corazón para salir de esta duda, y qué gemidos le costó, Dios mio! Vos lo estábais oyendo, sin saberlo yo. Cuando en el mayor silencio buscaba esta causa del mal con mas fino ahincó, aquel silencioso tormento que deshacia mi corazón era una voz muy grande que llegaba á vuestra misericordia. Solo Vos, y no hombre alguno, sabíais lo que yo estaba padeciendo. Porque de estas ansias mías ¿cuánto era lo que por mi boca venia á descubrirse á mis amigos mas íntimos y familiares? ¿Por ventura llegaba á sus oídos todo aquel gran tumulto de mi alma, para cuya explicacion no habia tiempo ni lengua que bastase? Pero todo llegaba á vuestros oídos, *y lo que gimiendo bramaba mi corazón, y todos mis deseos os eran muy patentes, pero la luz que habia de aclarar mis ojos me faltaba*: porque ella estaba dentro de mi alma, y yo andaba por fuera. Ni ella ocupa algun lugar; y yo la buscaba entre aquellas cosas que la ocupan, y así no hallaba lugar alguno para mi descanso; ni estas cosas corpóreas me detenian tanto, que pudiese decir: *Estoy bien, esto me basta*: ni de-

jaban que me apartase de ellas, para volver á donde me fuese bastantemente bien. Porque yo era superior á todas estas cosas, aunque inferior á Vos; y solo Vos pudiérais ser mi verdadero gozo, si yo estuviera sujeto y subordinado á Vos, que las cosas inferiores que criásteis, las sujetásteis á mí. Y esté era aquel igual y bien reglado temperamento que yo habia de haber tenido en mis acciones, y la region media que convenia á mi salud, para permanecer como hecho á imágen vuestra; por manera que perseverando en serviros y obedeceros á Vos, dominase yo á mi cuerpo, y él me obedeciese á mí. Pero en castigo del pecado con que me sublevé contra Vos soberbiamente, y os hice guerra, *corriendo contra mi legítimo Señor, escudado solamente de mi orgullo y osadía*; todas las criaturas que me eran inferiores se habian levantado tambien contra mí, y se habian puesto sobre mí, oprimiéndome tan fuerte y pesadamente, que por parte ninguna me permitian algun desahogo, ni tomar aliento. Si abria los ojos no descubria por todas partes sino esas mismas criaturas, que amontonadas y de tropel se entraban por mis ojos; si

me ponía á examinar y pensar lo que habia visto, no se me presentaban á la imaginacion y al pensamiento sino imágenes corpóreas; y si queria retirarme y apartarme de ellas, se me volvían á poner delante, como si me dijeran : *¿A dónde piensas ir, indigno y súcio?*

Estos sentimientos provenian de mis llagas, con las cuales Vos quisisteis *humillar al soberbio, poniéndole* como á un hombre todo llagado : creciendo la hinchazon de mi soberbia, me separaba de Vos : y llegó la inflamacion á apoderarse tanto de mi rostro, que ya me tenia con los ojos cerrados.

CAPÍTULO VIII.

Como la divina Misericordia socorrió entre estas ansias á Agustin.

12. Pero aunque Vos, Señor, eternamente permanecéis, vuestro enojo no permanece eternamente contra nosotros; pues tuvisteis compasion de mí, que soy tierra y ceniza, y fue del agrado vuestro el reformar mis deformidades; y así con interiores estí-

mulos me inquietábais, para que no sosega-se hasta tener conocimiento de Vos, por medio de la vista de mi alma. Se iba disminuyendo mi hinchazon, con el medicamento que ocultamente me aplicaba vuestra divina mano : y la turbada y oscurecida vista de mi alma se iba aclarando y sanando de dia en dia con el fuerte colirio de los saludables dolores que interiormente pasaba.

CAPÍTULO IX.

Como en los libros platónicos halló Agustin establecida la divinidad del Verbo eterno; pero no halló cosa alguna de lo perteneciente á su encarnacion.

13. Primeramente queriendo Vos hacerme conocer cuánto resistís á los soberbios, y cuán segura tienen vuestra gracia los humildes, y con cuánta misericordia mostrásteis á los hombres el camino de la humildad, pues se hizo hombre vuestro divino Verbo y habitó entre los hombres : dispusisteis que por medio de un hombre lleno de una soberbia intolerable, viniesen á mis manos ⁴ unos libros de